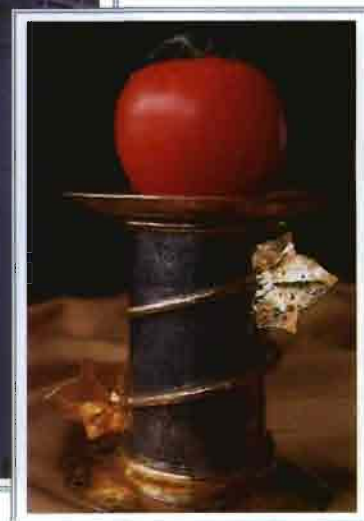




MERCADO DE CASTRO URDIALES (CANTABRIA)



EL TOMATE PETULANTE

■ FERNANDO GARCIA

Soy un tomate y me llamo Tomás. Como el 99 por 100 de los tomates nací en un pueblo. El mío estaba en Murcia, sobre un altozano cerca del mar que ofrecía todos los privilegios para ser feliz y disfrutar mi efímera vida de tomate en todo su esplendor. Qué bonitas fueron mi infancia y primera juventud. El clima era suave, las vistas sobre la carretera y la bahía resultaban preciosas y mis primeros días transcurrieron con todos los cuidados que, en mi modesta opinión, ha de tener un bebé tomate. Afortunadamente me crié en la explotación de un pequeño agricultor, mi auténtico papá, que también se llamaba Tomás. La huerta no tendría más de cinco hectáreas, eso sí, cuidadas con tal primor que en su día fui la envidia de mis congéneres y el objeto de deseo de los consumidores. Hasta una placa honorífica en un concurso me concedieron.

Insisto en que no me puedo quejar. A lo largo de mi vida recibí caricias, viajé, conocí mundo y fui partícipe de hechos portentosos. Y en cuanto a cultura, la verdad, aunque humilde me considero un tomate bastante formado. Mi papá Tomás me enseñó todo lo que sé. Tantas charlas le tuve que oír desde la atalaya privilegiada de mi mata que al final he concluido que aprendí mucho, aunque he de reconocer que con bastante desorden. Y con lo que escuché aquí y allí me hice mi idea del mundo, una idea de tomate que me valió para apurar lo mejor posible mis contados días. Qué duda cabe que con un buen par de piernas me habría bandeado mejor –¿qué no habría hecho si la naturaleza me hubiera dado dos bracetos!–, pero hay que ceñirse a realidades y conformarse con lo que Dios nos ha concedido a cada uno, como decía mi papá Tomás cuando las cosas venían torcidas.

Pobre hombre, cuánto luchó por sacarnos adelante. La verdad es que papá –sé que a él le hubiera gustado oírme llamarle papá–, por lo que decían los vecinos que nos visitaban, debía tener buena huerta. Y todo extensivo. Nada de aumentarnos las crecederas a base de productos raros que te dejaban la piel destrozada e hinchado por fuera y hueco por dentro, sin verdadero sabor.

LA HUERTA

Cinco hectáreas he dicho y no creo que me equivoque mucho. Además de las tomateras el hombrecito tenía allí sus lechugas –tan sosas–, y sus calabacines, con los que nosotros nunca nos llegamos a entender, seguramente porque las simientes venían de Holanda; y las zanahorias, tan bonitas cuando las sacaban al mundo exterior, después de soportar las pobres una vida tan subterránea, igual que los rabanitos y las patatas, aunque estas últimas tampoco nos cayeron nunca bien. Luego estaban los productos aéreos, tan elegantes que se debían de creer: los nísperos, los limoncitos, las peritas, todos colgaditos y orgullosos, los muy payasos. Cada vez que venía una racha de viento huracanado un montón de frutas estúpidas acababan en el suelo llenas de golpes. A mí me daba risa de pura maldad y sólo lo sentía por el enfado que le entraba al pobre papá.

Nuestras tomateras, en cambio, estaban a cubierto de todos los peligros y nosotros éramos sin duda los productos más mimados del vergel. No recibí yo caricias ni nada cuando era pequeño. Yo nací el primero de mi mata y debajo me salieron una serie de elementos a los que siempre consideré hermanitos, mientras que a los demás tomates que me rodeaban en las matas vecinas los tenía por primos. Todos juntos fuimos dando tirones de nuestras matas en aquella primavera. Fue una buena época.

Por las mañanas venía papá, nos apretaba suavemente como para tomarnos el pulso y luego se sentaba a nuestro lado y nos hablaba de las cosas más peregrinas, que cuánto iban a pagar por nosotros, que si su mujer ya no le hacía caso, que este año vendrían muchos turistas, que si él había viajado mucho de joven, yo qué sé. Otras veces sacaba una revista del bolsillo y empezaba a leer en voz alta y a enseñarme las fotos y las letras. Las que más nos gustaban a los dos eran las revistas que traían corridas de toros, en las que explicaban los distintos lances del noble arte de la tauromaquia.

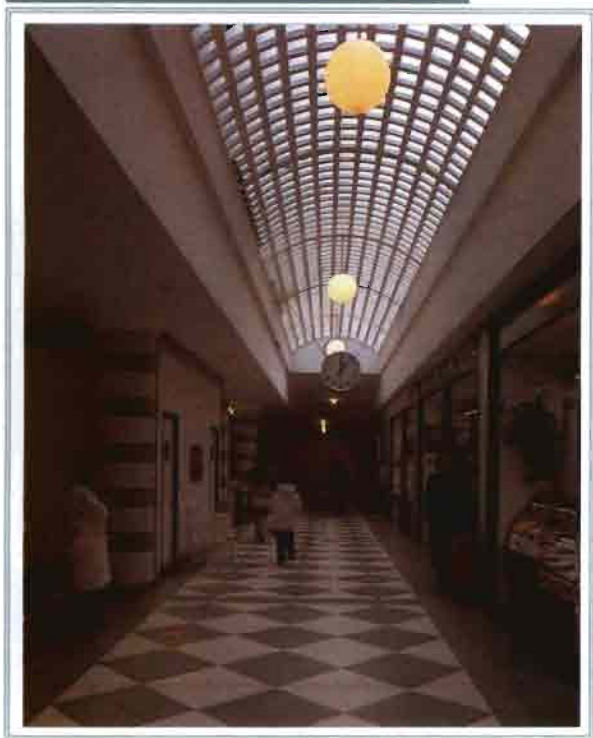
Al principio pensaba que mi papá estaba loco, a un tomate murciano no se le pueden enseñar ciertas cosas, me decía yo, pero él le cogió gusto a las clases y siguió dándome la charla durante todo el tiempo que el tiempo le permitió. Cuando pasaba un coche por la carretera se emocionaba como un chiquillo; “mira, mira –decía–, por ahí va un Renault 19; mira, mira, ahora pasa un camión; mira al mar, ya vuelve la barquita de fulano, seguro que la trae llena de calamares”.

A veces me ponía la cabeza como un bombo, pero todo lo que sé se lo debo a él, y sus enseñanzas me sirvieron también, al fin y a la postre, para convertirme en líder carismático y agitador de masas. Y por lo demás, yo no tenía más obligación que crecer al sol: una vida regalada.

De aquellos días también tengo el recuerdo de los malos ratos, como la vez que nos abonaron con aquel estiércol apestoso o cuando nos fumigaron contra no sé qué plaga; creí que nos mataban a todos. O cuando se colaron en la huerta unos niños veraneantes y nos mearon sin más; “a ver quién llega al tomate que está más alto” decían, y claro, el más preeminente y el más lustroso era yo. Ese día mi dignidad de tomate quedó literalmente por los suelos; además –y eso me hizo



MERCADOS/LITERATURAS



perder la esperanza sobre el sentido solidario de las hortalizas—, advertí las chanzas y risitas que ciertas especies de la huerta trataban de sofocar mientras yo chorreaba meados por mi esférico y bonito cuerpo. Un desastre.

No tardé, sin embargo, en recuperar la autoestima. Yo tenía claro que mi destino era superior, que estaba llamado a la fama, a la gloria, al más alto honor, y movido por ese designio me esforzaba todo lo que podía. Acaparaba el rocío del amanecer y absorbía como un loco la humedad que transmitía la tomatera, aunque mis hermanos criticaran mi egoísmo chupador. “Es la ley de la selva”, les replicaba yo, no sin explicarles que un tomate nacido para ser querido y admirado, el más bonito, el más pintón, merecía el estatus de privilegio en que me encontraba yo.

Y todo iba bien hasta que un día papá me confesó compungido que había llegado la hora. Que me iba a vender. Que me abandonaba a mi suerte porque tampoco podía dejarme pudrir en la mata, ni soportaría ver como su mujer me convertía en ensalada o en conserva casera para tomate frito. Y así las cosas, me plantó delante un mapa de España y dibujó con el dedo el itinerario del viaje que pronto iba a emprender.

Ya prevenido, cuando a la mañana siguiente apareció un camión gigante que se llamaba “Dios me guía” a la entrada de la huerta, el sesgo que tomaban los acontecimientos me pareció bien. Estaba un poco harto de tanto colgar de la mata y el cuerpo me pedía acción, de modo que cuando papá arrancó mi turgente cuerpo de la tomatera sentí una mezcla de dolor y excitación. “Pásalo bien y disfruta todo lo que puedas”, me dijo. Y tenía razón. Ya tenía ganas de

salir de allí y comprobar si era verdad todo lo que me había contado sobre bosques, montañas, casas y ríos, mujeres, mercados, ciudades y ensaladas.

En una nave que había al lado de la huerta empezaron a clasificarnos por tamaños y colores y, como esperaba, me pusieron encima de todos, en una caja preciosa con el cartel “Tomate Calidad Extra. Región de Murcia”. Yo era calidad extra, lo mejor de lo mejor. Es verdad que tuve que aguantar críticas de los de abajo, que si yo los aplastaba, que si yo era un chulo, en fin, cosas de la envidia que en nada mellaban mi ánimo de conocer nuevos mundos.

Después de dos horas de espera abrieron las puertas del camión y empezaron a cargar cajas. ¡Qué frío salía de allí dentro! Empecé a temblar sólo de pensar que me iban a encerrar en esa helada oscuridad durante horas con los miles de desconocidos que ya estaban dentro pero, nuevamente, me salvó mi galanura. “Esta caja me la llevo en la cabina”, dijo el camionero. Con un lacónico “tienes buen ojo, cabrón”, mi papá se despidió del camionero y yo me separé, para siempre, de mi papá.

LA IDENTIDAD

Y allí iba yo, encaramado en el camastro de la cabina, detrás del asiento del conductor, escuchando música y mirando aquellos paisajes nuevos, aunque al ratito de arrancar me di cuenta que el viaje no iba a ser cómodo. El camionero echó un zarpazo para atrás y enganchó al tomate que estaba a mi lado. Se lo frotó contra la camiseta y le dio un bocado mortal. Qué tío más cerdo. Cómo le goteaban las pepitas y los juguitos por todos lados. Al siguiente mordisco se debió saciar y más de medio primo, ¡un tomate murciano calidad extra!, aunque de un porte notablemente inferior al mío, acabó aplastado y muerto en la carretera.

No quiero seguir hablando de este asunto tan penoso, ya que en mi fuero interno sabía que

el asunto no me afectaba. Hasta el camionero se daría cuenta de quién era yo y cuáles mis cualidades para tenerme un respeto. Además mi caja seguía prácticamente incólume, con una sola baja. Por contra tenía lo que siempre había deseado, cientos y cientos de kilómetros de viaje por delante y todas las ventanillas de un camión sólo para mis ojos.

Por la carretera encontré muchas de las cosas de las que papá me hablaba. Tan pronto surcábamos secarrales como bosques plagados de árboles. Vi huertas enormes, palmeras y montañas, riachuelos y pueblos, pájaros grandes y pequeños que no nos podían picar. Hasta un avión sobrevoló nuestro cielo. Vi todo lo que quería ver y hasta lo que no sabía que se podía ver y por un instante sentí la brevedad de la vida vegetal y la amenaza de un destino cierto, si es que antes no ocurría un acontecimiento extraordinario que ni yo alcanzaba a imaginar cuál podría ser.

El sol ya estaba muy alto cuando paramos a las afueras de Albacete, delante de unos bares con una explanada llena de camiones. Nuestro chófer pegó un portazo y allí nos dejó con todo el sol recalentando la chapa de la carrocería. Al rato la sensación de agobio era asquerosa, los que estaban debajo de mí se quejaban y se removían e incluso notaba que algunos se empezaban a reblandecer. Le vi salir, por fin, rascándose la tripa y con un palillo en la boca, pero pasó de largo y se fue a otro local que estaba al lado, sin ventanas y pintado de rosa que se llamaba "Tu y yo".

Esta vez la visita fue más breve. A la media hora apareció por la puerta con una señora gorda con minifalda y un pelo como las escarolas sólo que amarillo limón. Debían ser de la misma familia porque venían muy abrazados. Se metieron los dos al camión mientras él le prometía un regalito. Yo me quedé expectante y al momento mi curiosidad se transformó en terror. Cogió una bolsa y empezó a llenarla de tomates murcianos calidad extra. Como por arte de magia dos veces me escurrí de sus manos. Qué mal rato pasé. Al día siguiente, escuché, le traería una merlucita del norte y la señora, muy agradecida y con grandes risotadas, le agarró de las orejas para darle dos sonoros besos y decirle no sé qué de que se había portado como un toro.

Mi caja ya estaba por la mitad cuando escapamos de allí. En la carretera ahora predominaban las grandes llanuras, salpicadas de viñedos, con todas las gamas posibles de marrones y verdes. Cada vez había menos arbolitos y los pueblos casi no daba tiempo ni a verlos de lo deprisa que íbamos. Cuando llegamos a Madrid sólo paramos en un atasco de la M-30. No era la visita a la capital que yo esperaba pero vi más coches y más casas de las que nunca me pude imaginar. Allí sí que harían falta tomates todos los días.

Poco a poco el sol se fue escondiendo hasta desaparecer y nosotros continuamos viajando mapa arriba. Todavía era de noche cuando entramos en Mercabilbao y aunque no hacía frío me encontraba un poco destemplado y con mal sabor de boca de pasar toda la noche en vela. A todos mis primos, ateridos y deslumbrados después de 20 horas de oscuridad en la cámara frigorífica, les llevaron a un quiosco gigante que se llamaba Hortalizas Selectas Mendigorría, mientras yo seguía encaramado al camión sin conocer muy bien mi destino y sin saber si mi vida de tomate viajero ya había finalizado. En esos pensamientos estaba cuando el camionero cogió mi caja y le dijo a un señor con boina enorme, que debía de ser Mendigorría, "y éstos de propina".

Antes de amanecer ya habían abierto el mercado mayorista y el trajín fue aumentando según pasaban las horas. Yo volvía a sentirme como una auténtica estrella a mi nivel de tomate.



Rodeado de luces brillantes y carteles luminosos los compradores se acercaban, nos tocaban y preguntaban cuánto valíamos. Esas horas fueron de verdadero esplendor y allí vi por primera vez a la familia marisco, formada por animales primitivos, acorazados y con pinzas que se llamaban langostas, bogavantes, centollos y nécoras. Hasta de mí mismo me olvidé al contemplarlos. Eran raros y feos y costaban más que nosotros, lo que confirmaba mis sospechas de lo extraño que era el género humano en cuanto a sus gustos y apetencias.

Hacia las nueve de la mañana una pareja de mediana edad, que ya nos había inspeccionado horas antes, volvió a pararse delante de nosotros y después de sobarnos otra vez el hombre y la mujer decidieron comprarnos, aunque según ellos éramos muy caros. Mendigorría les dijo con acento cantarín "la calidad se paga, señores", lo que me pareció una respuesta muy correcta y acertada. Me caía bien ese Mendigorría, lástima que no pudiésemos llegar a conocernos mejor.

Mis nuevos dueños compraron en total cuatro cajas de tomate murciano de calidad extra y rápidamente nos metieron a todos en una furgoneta que se fue echando humo de Mercabilbao. Y allí íbamos, todos apretados junto a cajas de melocotones, nectarinas y lechugas de la más diversa procedencia. El viaje fue corto pero intenso y cargado de vivencias. Pasamos por diversos pueblos, entre ellos el llamado Barakaldo, del que emergían chimeneas con crestas de fuego de colores y penachos de humo. Luego el paisaje se volvió abrupto y de un verde intenso, salpicado de vaquitas por las laderas de las montañas. No tenía nada que ver con mi pueblo, y menos cuando todo se cubrió de una niebla espesa, como verdosa, como vegetal.

Cuando salimos de aquella nada, resultó que a un lado teníamos las montañas y al otro un mar bravío que golpeaba con fuerza las rocas, formando remolinos de espuma que salpicaban hasta la carretera. De frente se dibujaba la silueta de un pueblo grande coronado en uno de sus extremos por una iglesia y un faro que casi se precipitaba al mar. Cuando llegamos a Castro Urdiales, que así se llamaba el pueblo, se me abrieron las carnes de gusto. Por la ventanilla de la furgoneta entraba un profundo olor a salitre y el puerto estaba lleno de barquitos de colores y de gentes con pinta de saber apreciar los productos de calidad. Si me quedaba aquí, pensé, iba a lucir bien el tipo.

Y sí, en efecto, aquél era el fin de viaje. Después de un par de caracoleos por las calles, la furgoneta paró delante del mercado. No es que fuera un mercado muy lujoso, pero después de un día de viaje y de haberme metido un montón de kilómetros otra vez tenía casita. Nos descargaron con bastante miramiento, yo creo que porque éramos caros, y mientras manio-braban con las cajas pude observar que el mercado tenía su gracia, su encanto, su no sé qué. Aunque antiguo, mostraba sus fachadas recién pintadas de un color claro, lo que le daba un aire de pastel gigante. Además, y eso era lo importante, se notaba movimiento, animación.

Ganas de admirar tomates, diría yo.

Mi nueva dueña, Asun, se vio desbordada con nuestra llegada. Rápidamente noté que tenía buenas intenciones, pero le faltaban maneras. Estábamos todos esperando tranquilamente en el suelo mientras ella se desesperaba para colocarnos.

Tres veces intentó poner los melocotones en forma de pirámide y tres veces rodaron por el suelo. Los otros tenderos le decían entre risotadas que los pegase con chicle o los atase con una goma, y al final acabamos todos donde buenamente pudimos, encima de unos bancales de piedra o metidos en cestas de madera y mimbre.



La mujer, en su sofoco, no se dio cuenta de mi clase, de lo que podía hacer por su negocio como tomate-reclamo de exposición y me enterró en medio de una cesta en la que nadie podía observar mis cualidades supremas.

LA PASION

Pero yo tenía razón. Allí había mucho movimiento y a medida que pasaba la mañana los bancales y cestas se fueron quedando mermados. Asun presumía de genero, "son de Murcia, guapa, de lo mejor" decía, y yo, poco a poco, me quitaba peso de encima y pasaba a mejores posiciones. Al llegar la tarde, por fin, me descubrió. Estaba reorganizando el puestecillo cuando me echó mano. Yo creo que se enamoró de mí. Me miró y me sacó brillo. Luego puso mi culo en la fría báscula y salió disparada: "Sátur, Sátur, tenemos un tomate de 400 gramos". Sátur llegó corriendo y faltando: "no digas tonterías, que eso no existe". Pero sí existía y era yo. Me colocaron en el lugar que me correspondía: una especie de altarcillo en lo más alto del puesto.

El puesto, por su parte, estaba en la parte central del mercado, cerca de una de las puertas, precisamente donde el trasiego era mayor. Qué gusto me daba sentirme observado y piropeado. Otra vez alabado y consentido, como en mi propia casa. O mejor dicho, ésa era mi casa al fin. Ni sé las veces que escuché la bendita frase "¡vaya tomate!, ¡vaya tomatón!". Un niño le espetó a su papá si yo era una pelota y una señora le preguntó a Asun que si era de plástico. "No, guapa, es de Murcia y no lo vendo, está de adorno", me defendió mi dueña. Con esas palabras ya sí que sentí lo que era el éxito y el triunfar en la vida. Me notaba intocable, observado, mimado, respetado y con fama. ¿A qué más podía aspirar un tomate? No lo sabía a ciencia cierta, pero yo quería más.

Al día siguiente me encontraba más lozano aún que la víspera. Se corrió la voz de mi presencia en el pueblo y todos desfilaron ante mí salvo los impedidos y la gente de mala fe. Asun colocó un foco encima de mi cabeza para que me vieran bien, el cura me bendijo, la lotera le pidió permiso a mi dueña para restregar los décimos por encima de mi cuerpo, las aldeanas que llevaban al mercado los productos de sus huertas me miraban con envidia, lo notaba, y muchos turistas sin boina pero con el mismo acento que Mendigorría, se hacían fotos a mi lado. Hasta en la Gaceta Castreña salió mi retrato junto a una pelota de balonmano para comparar tamaños. Qué momentos, Dios mío de mi vida y de mi corazón. Que no se acaben, gritaba yo para mis adentros, que viva la vida, viva la salud y viva el amor.

Mi tercera jornada en el mercado de Castro también la viví en olor de multitudes y fue, sin duda, el día más especial de mi existencia. Con las primeras horas de la mañana las aldeanas de los pueblos de alrededor fueron llegando con sus bolsas y cestas repletas de frutas, verduras y huevos. Todas se instalaban en la zona donde estaba yo, que para eso era la parte central del mercado, mientras que los laterales estaban reservados para los carniceros, los charcuteros y un pollo. De la familia marisco no había ni rastro, aunque de vez en cuando alguna señora llegaba a comprar a mi puesto desde un edificio que había enfrente con una bolsa de la que sobresalían esas criaturas blindadas que echan gorgoritos por la boca y terminan en antenas y pinzas amenazadoras.



Tan intrigado me tenían esos bichos que durante un buen rato ni siquiera escuché los halagos que merecidamente me brindaban los clientes de Asun y me dediqué a observar la casa que había frente al mercado, hasta que confirmé que era el lugar donde se vendían los peces muertos y la familia marisco viva.

Estaba cavilando conmigo mismo sobre la extraña vida de esos prehistóricos seres, que lo mismo andan y respiran por el fondo del mar que se pasean por la tierra, cuando Asun me cogió con sus dos manos y me envolvió en un paño de cocina nuevo y estampado con tomates. Iba ciego perdido bamboleándome en una bolsa sin saber

con certeza qué ocurría y muy excitado por aquella nueva modalidad de viaje, aunque por unos segundos se me vino a la mente el peor de los pensamientos, y ya me vi cortado en trocitos en una ensalada bañada de aceite y vinagre. Pero nada de eso ocurrió. Afortunadamente Asun quería seguir presumiendo de tomate y al quitarme el trapo me encontré sobre un mantel de cuadros en una hornacina con el cartel "Tomate Calidad Extra. Región de Murcia. Fuera de concurso".

La muestra hortofrutícola de Castro me gustó. Nos pusieron a todos en una plaza que llaman de La Barrera, rodeada de árboles grandes y llena de sol. Yo estaba en un estradillo especial junto a un pepino enorme de Almería y unas setas, que parecían sombrillas, de la parte de Cataluña. Me sentía a mis anchas. Desparrramados a nuestro alrededor habían colocado montones de frutas y hortalizas de las que se cultivaban por allí y el primer premio se lo dieron a una calabaza llena de bultos que no sé muy bien qué mérito tendría. A mí me concedieron una placa honorífica que decía "Al tomate más grande y más bonito que ha existido, existe y existirá". Obviamente la placa tuvo que recogerla Asun, que iba muy elegante sin su delantal, ufana y henchida de gozo. Tan henchida que pensé que le iban a estallar los botones de la pechera de un momento a otro.

Y aunque el concurso fue inolvidable, lo auténticamente estupendo, incluso mágico, vendría después. De vuelta al mercado la tarde transcurrió sin más sobresaltos que los habituales, recibiendo los halagos de los compradores e ignorando los comentarios envidiosos de las hortalizas sin personalidad que se encontraban a mis pies.

Al caer la noche todo quedó oscuro, en silencio, aburrido. Sólo se escuchaba el goteo contra la pila del grifo del pollero y el ruido que producían los papelillos de unas naranjas volando de acá para allá. Poco a poco empezó a entrar claridad por la cristalera de la puerta que tenía enfrente y vi en el cielo una luna gordísima y brillante, al tiempo que notaba unos resquebrajamientos y tirones internos por todo mi cuerpo que me dejaron asustado y muy perplejo. No sabía si me iba a deshacer en mis propios jugos o si estaba a punto de explotar. Empezaba a despedirme de este mundo al que le di todo, cuando sentí cuatro desgarros al unísono por los laterales de mi ser. ¡Dios mío!, me estaban saliendo cuatro muñoncitos que se fueron con-

figurando hasta convertirse en auténticos brazos y piernas.

Uno de mis grandes sueños de toda la vida se había cumplido. Hasta boca y ojitos de verdad me salieron. Temblaba y lloraba de la emoción. Desde el altarcillo todo el mercado me daba vueltas y a punto estuve de sufrir un infarto que, por fortuna, pude dominar. En ésas estaba, mirándome los bracitos y moviendo los dedos, todos rojos, cuando por todo el mercado comenzó a crecer un clamor de chasquidos y lamentos. El asunto me fastidió un poco: no era el único producto con miembros. A todos los allí presentes les habían nacido extremidades, hasta los huevos y las lechugas podían caminar, y cito a estas dos especies



porque era realmente grotesco ver andar a las lechugas y escurrirse a los huevos de sus cunitas de cartón, que no sabían ni para qué valían unas piernas. En poco tiempo debieron espanzurrarse contra el suelo unas 30 docenas.

Los primeros momentos fueron de un desconcierto atroz. Acto seguido, surgió la anarquía. Fue increíble, todos saltando de un lado a otro y dando voces como energúmenos, sin sentido de la medida, sin saber apreciar el don de la movilidad que nos había caído por arte de magia. En vez de organizarnos y tomar decisiones sensatas y adultas, lo primero que surgió fueron las rencillas personales acumuladas a lo largo de cientos de años de plantaciones. Las patatas, muy brutas, empezaron a pegar sin mediar provocación a las alcachofas y a las berenjenas, que corrían despavoridas por los pasillos. Las fresas se quedaron asustadas en un rincón, mientras que escarolas y lechugas libraban su particular batalla sobre finura y sabor tirándose de las hojas.

Yo no salía de mi asombro al ver tanta incultura y tanta mezquindad entre el género hortofrutícola. Había mucho odio acumulado. Las judías verdes insultaban a los guisantes y a las alubias acusándoles de desertar de sus vainas, y pepinos y calabacines luchaban a cabezazos para establecer quiénes eran más largos, gruesos y suaves al tacto.

Aquello que pudo haber sido tan bonito, yo solo con brazos y piernas, comenzó a ser grotesco y peligroso. Mientras las zanahorias brincaban encima de las cebollas, los manojos de rabanitos salieron despavoridos a esconderse junto a las fresas y a este grupo de no beligerantes se unieron en poco tiempo los champiñones, las coles de Bruselas, cuatro lombardas llorosas, unos trozos de mortadela y varias puntas de jamón serrano.

Los pollos, totalmente desplumados, correteaban y la emprendían a picotazos contra toda fruta u hortaliza que encontraban a su paso, con predilección por las ciruelas claudias, los higos y los tomates que habían empezado a arremolinarse a mis pies. Por fortuna y con buen criterio, el resto de las carnes habían decidido no entrar en esta guerra de locos y se quedaron asomadas a sus mostradores viendo destrozarse a esos insensatos.

Una cinta de chuletones de buey, con la tranquilidad y la apostura que caracteriza a estos animales cuando están enteros, pegó un grito con voz ronca advirtiéndome que ya estaba bien y que había que poner orden. Señalándome a mí dijo: "¡que hable el tomate que está en el altarcillo!". Ese grito fue mano de santo. Todos se quedaron sorprendidos ante aquel vozarrón profundo y por un momento pararon las peleas y las persecuciones. La tira de chuletones continuó diciendo que yo era el más apropiado para imponer la paz, ya que había viajado desde Murcia hasta Castro pasando por Madrid y tenía, además de mundo y experiencias, una placa honorífica a la calidad.

Yo recogí el guante. Como muy bien habían expuesto los chuletones, me sentía capacitado para tomar el control. No en vano yo era un ser especial, el único reconocido en un concurso y el primero al que le salieron los miembros. Además, contaba con mi inteligencia natural, demostrada a lo largo de mi vida, y el magnetismo de un líder.

No había más que ver como los tomates, acosados por los pollos y totalmente histéricos, habían venido a arremolinarse bajo mi altarcillo y pedían consejo a voz en grito.

Así pues, acepté el reto con prontitud y convoqué a todos a mis pies. Les expliqué largo y tendido mis vivencias y correrías mientras me observaban en silencio y con los ojos como platos. Es verdad que eran un poco cortos de entendederas, pero rápidamente les caló mi verbo florido y más aún en el momento en que cité a Nietzsche cuando decía que igual que los

MERCADOS/LITERATURAS





ríos tienen su ritmo, también las personas tienen el suyo; a lo que yo añadí que nosotros, seres del mundo vegetal y animal, debíamos seguir las armoniosas pautas de la naturaleza y dedicarnos a convivir alegremente e intercambiar experiencias.

Los aplausos atronadores y los gritos de "¡presidente, presidente!" me obligaron a descender del altarcillo para recibir enhorabuenas, apretones de mano y palmaditas en la espalda, aunque en mala hora me bajé de mi pedestal. No había terminado aún de saludar a todos cuando empezamos a escuchar extraños golpes en las puertas del mercado, seguidos de murmullos que tenían todas las trazas de ser malignos. Al tiempo que reculábamos hacia un rincón, las puertas fueron cediendo y toda la familia marisco apareció al completo seguida por los peces, enteros y a trozos, varios calamares y unas chirlas.

El espectáculo fue dantesco. La familia marisco se lanzó en tromba a por nosotros, abriendo y cerrando sus afiladas pinzas sin parar, al tiempo que echaban gorgoritos por la boca. Desde su caparazón blindado empezaron a tirar mandobles y viajes a toda fruta y hortaliza viviente y aquello, nuevamente, volvió a ser la debacle. Como presidente y muy a mi pesar, no tuve más remedio que salvaguardar mi inte-

gridad física debajo de unas cajas, mientras observaba que las más aguerridas entre los nuestros volvían a ser las patatas, auténticas patatas kamikaze que se lanzaban directamente a las pinzas para ensartarse en ellas e inutilizarlas. También me sorprendió el heroísmo del humilde perejil, que por ramilletes se enroscaba alrededor de esas tenazas asesinas con el ánimo de parar la sangría.

Sufrimos decenas de heridos hasta que un congrio, al que le debimos caer bien, habló con la langosta-jefe de la familia marisco para que parase la pelea. Yo respiré hondo y con el paso más firme que pude, blandiendo un champiñón en la mano en señal de paz, me dirigí a ella. Para romper el hielo le dije que me llamaba Tomás y que los dos éramos del mismo color, rojo, con lo cual algo nos unía. La langosta me contestó con voz cavernosa y amenazante que ella se llamaba Manoli y que yo era una mierda. Me dejó helado su mala educación pero le dije que sí, que tenía razón, y que les invitábamos a ella y a toda su familia a comerse las latas de conservas vegetales que quisieran.

Se hizo un silencio sepulcral. Estábamos todos callados y atemorizados y sólo se escuchaba el crujir de las latas que abrían con una destreza sin igual. Cuando se saciaron, y después de unos eructos, una nécora con pinta de simpática que dijo ser de al lado de Santurce entonó una cancioncilla que dice "desde Santurce a Bilbao vengo por toda la orilla, con la falda remangada luciendo la pantorrilla", mientras daba unos pasitos de ballet. La familia marisco celebró con risas esta actuación y yo me apresuré a pedirle a una cebolla de Castro que, en correspondencia, interpretase alguna melodía de su tierra. Con voz temblorosa y afianzándose poco a poco empezó a cantar "qué bonito es Castro, más son las castreñas, quién pudiera ir, quién pudiera ir, a bailar con ellas". De nuevo la familia marisco rió con ganas mientras todos nosotros, más confiados, comenzamos a aplaudir tímidamente.

Aquello iba por buen camino y una vez más demostré a mis compañeros que gracias a mis buenos oficios y dotes de mando les había librado de una encarnizada batalla en la que teníamos todas las de perder. Una langosta que movía mucho el culo y que cuando se comió una lata de pimientos del piquillo había gritado "sabrosón", empezó a entonar la bonita canción "cuando salí de Cuba dejé mi vida, dejé mi amor, cuando salí de Cuba dejé enterrado mi

corazón". La cosa se estaba animando y el ambiente empezaba a ser de franca camaradería, más aún cuando unas manzanas reinetas, con cara triste, arremetieron con el "Asturias, patria querida" y todos las secundamos con los brazos y pinzas entrelazados haciendo la ola. Para sellar definitivamente ese ambiente de paz volví a contar a la familia marisco lo de Nietzsche y dijeron que era muy bonito. También les comuniqué que yo era el presidente, lo cual, he de reconocerlo, les dio absolutamente igual.

En el clímax de la fiesta un calamar andaluz, que acababa de interpretar con gracejo y salero "cuando un amigo se va algo se pierde en el alma", propuso que nos fuéramos a dar una vuelta por Castro. Esa sugerencia dejó a todos perplejos durante unos segundos pero, acto seguido, la desbandada y el griterío se hizo general. Yo intenté, desde la autoridad que me confería el cargo de presidente y mi superioridad moral, instruirles sobre los peligros de las carreteras con sus camiones y coches, pero casi nadie me hizo caso. La posibilidad de la huida los volvió locos. La cubana se puso a gritar que ella se volvía a Varadero y unos bogavantes de Senegal, más negros que el sobaco de mi camionero, anunciaron que también se iban a su país y al final vino a resultar que la inmensa mayoría quería regresar al lugar que les vio nacer y continuar agarrados a sus matas, colgados de sus árboles o nadando en sus mares.

Yo iba el último, gritando que tuvieran cuidado, mientras se dirigían hacia el puerto. Al cruzar la calle Ardigales apareció un monstruo de 20 ruedas que nos deslumbró a todos y a más de uno le hizo pasar un susto de muerte. Enloquecidos con este incidente continuamos a la carrera sin percatarnos de que entrábamos en el radio de acción de un barrendero, manguera en ristre, y una tromba de agua barrió a varias docenas de compañeros. Yo tenía la conciencia tranquila y el cuerpo incólume pero la mitad de la tropa estaba magullada por los tropezones y empujada por los indiscriminados manguerazos a presión.

Cuando llegamos al puerto, los peces y la familia marisco comenzaron a dar aletazos y saltos de alegría y más de una lágrima les rodó por las mejillas como consecuencia de la despedida. La langosta cubana daba besos efusivos a un calabacín de la parte de Cádiz, con el que decía compartir acentos y cadencias, y Manoli, la jefa de la familia, nos deseó a todos una buena escapada y un futuro feliz. De uno en uno los animales acuáticos fueron saltando al mar y en breves segundos dejamos de verlos.

EL DESTINO

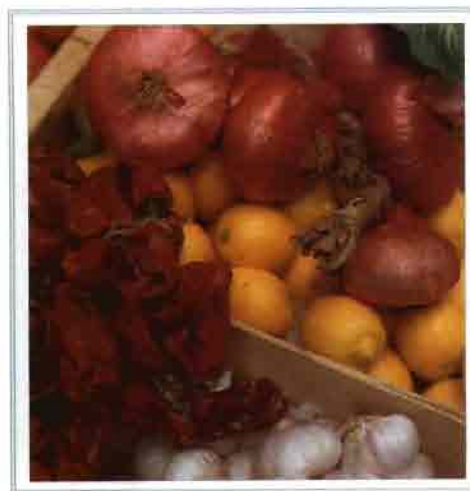
Qué bien se respiraba frente al puerto y qué envidia me dio la familia marisco lanzándose al fondo del mar en busca de su libertad. Yo tenía bajo mi responsabilidad el destino de un montón de frutas y hortalizas que se habían quedado aleladas mirando el agua, los barcos, la iglesia de Santa María, el faro, las casas. Todo lo miraban y allí nadie chistaba hasta que unos cogollitos de Tudela, en su inconsciencia, le dijeron a una lechugona que se iban a buscar una buena huerta por los alrededores para instalarse una temporada. Quise imponer la cordura, haciéndoles comprender que nuestro destino era volver al mercado donde yo, el presidente, velaría por ellos. Pero no hubo modo y varios grupos enfilaron hacia las afueras de Castro en busca de árboles y campos.

El regreso de los que me hicieron caso fue penoso. Por alguna razón, conmigo volvían los

MERCADOS/LITERATURAS



MERCADOS/LITERATURAS



más tocados por los avatares de la aventura nocturna, los más viejos y los miedosos. La noche de frenesí les había convertido, en el mejor de los casos, en productos hortofrutícolas de tercera categoría, llenos de chichones y de moratones por todo el cuerpo. Comenzaba a amanecer cuando alcanzamos las puertas del mercado y las quejas de mis protegidos ante sus dificultades crecientes para caminar fueron subiendo de tono hasta que yo mismo empecé a sentir los síntomas de que la noche mágica se acababa. Cada vez tenía las piernas y los brazos más cortos. Andábamos a trompicones y nos dio el tiempo justo para colocarnos en nuestras cestas y bancales. Yo continué ostentando mi lugar de privilegio en el altarcillo, aunque el enfado entre las tenderas fue mayúsculo cuando nos vieron. A su entender, parte de la mercancía había sido robada durante la noche, y lo que quedaba ofrecía un aspecto horrible, sucio, blando, despeluchado y cubierto de mataduras. Del mercado de pescados sólo salían gritos de desconsuelo, pues allí los ladrones se habían llevado todo el género.

Asun me miró con cara triste y aunque me esforcé en estar bien duro e hinchado me tiró desde mi altarcillo al fondo de una cesta sin darme ninguna explicación. Debía de tratarse de una estratagema, ya que si bien es cierto que me encontraba un poco fofo no es menos cierto que Asun me debía días de gloria y no hubiera sido muy agradecido venderme a cualquiera como tomate de tercera. Desde las rendijas de mi cesta observé como pegaban carteles en el mercado anunciando las fiestas de Castro, que incluían pasacalles, romerías, corridas de toros y el sin igual desfile de carrozas del Coso Blanco.

Un latido de emoción me estremeció las pepitas. Ahí me gustaría estar a mí, me dije, en los toros y en las carrozas. Y como si mis deseos fuesen ley, por la tarde apareció en el mercado un mocetón que se llamaba Jesusín acompañado de cuatro amigos cargados de bolsas y botellas. Compraron un kilo de tomates, "de los más pasados" dijeron, y allí fui a parar yo, al fondo de una bolsa de redecilla, sin duda confundido entre los blandos. A paso rápido nos dirigimos a la plaza de toros. Qué espectáculo, qué pases y qué lances, como los que veía en las revistas que papá me enseñaba cuando era pequeño. Cuando el Niño de la Castreña despachó al tercer toro todos los mozos sacaron cazuelas y botellas y empezaron a comer y a beber como si se fuera a acabar el mundo. El sexto de la tarde fue para un torero que debía ser aprendiz y que tenía como apodo El Guriezano. Es verdad que el chaval no toreó muy bien, un pegapases le hubiera llamado mi papá, pero tampoco era para ponerle como le pusieron. Empezaron a tirarle almohadillas, después trozos de pan y continuaron con huevos y tomates.

Al clamor de "¡matarife, matarife!", Jesusín me cogió en sus manos dispuesto a estrellarme contra el traje de luces de El Guriezano, pero los gritos que no entendí de uno de los amigos le frenó en sus aviesas intenciones y me devolvió a la bolsa.

La bajada desde la plaza de toros hasta el Paseo Marítimo fue vertiginosa. Jesusín y sus amigos empezaron a hacer eses y a saltar detrás de una charanga mientras yo iba dando botes en mi redecilla con todo el cuerpo magullado. Castro estaba resplandeciente. La iglesia y el faro iluminados y todo el paseo lleno de gente y de guirnaldas de colores. A mí nada me importaba y todo me parecía espectacular. Jesusín, sus amigos y yo nos pusimos en un lugar privilegiado desde

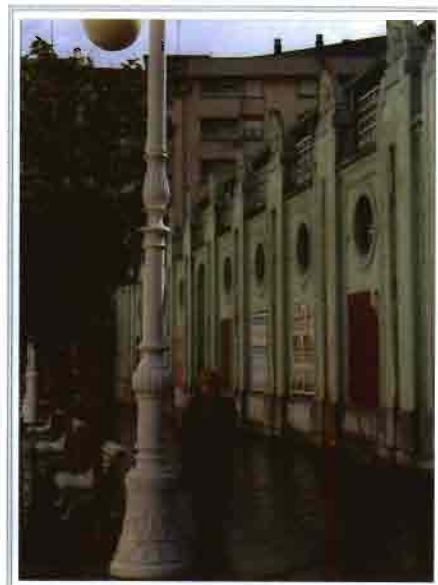
el que se veían enteritas todas la carrozas del Coso Blanco. Primero pasó la que imitaba a Neptuno, llena de chicas que tiraban caramelos; luego la de Blancanieves y los siete enanitos, todos cantando, y en medio unos músicos tocando la trompeta y el tambor.

A Jesúsín le debía gustar mucho el desfile porque estaba todo el rato silbando, dando gritos y agitando la bolsa por lo alto para que yo viera mejor. En uno de estos ascensos vi que Asun, muy elegante y agarrada del brazo de Sátur, estaba prácticamente a mi lado y caí en la cuenta de que, con toda seguridad, me tenían guardada una sorpresa. Igual me subía con ella a una carroza para que el gentío me viera desfilar o me llevaba a donde estaba la televisión para que me entrevistasen a nivel nacional. Mientras llegaba ese momento dorado y para relajar los nervios me concentré en admirar el paso de la siguiente carroza: una cosa con forma de taza alrededor de la cual unos niños disfrazados de galletas y bizcochos bailaban, agarrados de la mano, haciendo corro.

Unos espectaculares fuegos artificiales, que al explotar formaban en el cielo palmeras de colores, anunciaron la aparición de la carroza de la reina de las fiestas. La chica iba guapísima, de reina de los mares con una varita, metida en la concha de una almeja gigante. Ella lanzaba caramelos a la gente y el público se los devolvía con fuerza —yo creo que porque se pensaban que no eran merecedores de tanta generosidad—, y la concha se cerraba y se abría en función de las andanadas de caramelos que, mezclados con otros productos, caían sobre la carroza.

Qué minutos más sublimes. Al llegar frente a nosotros los amigos le dijeron a Jesúsín que se diese prisa, que era el momento ideal. Jesúsín metió la mano en la bolsa y atezado por los nervios me cogió con fuerza, echó el brazo hacia atrás y salí lanzando hacia la carroza de la reina. Volé por encima de miles de cabecitas que observaban extasiadas mi trayectoria. Los focos de la televisión se volcaron hacia mí y yo continué surcando los cielos, resuelto a ocupar el lugar que merecía en unas fiestas de tan honda raigambre popular. Los segundos de mi viaje se me hicieron eternos, pues tenía ganas de llegar y compartir con la reina aquellos momentos. Poco antes de instalarme en la carroza vi desde el aire como la concha se cerraba y casi sufrí un colapso de la impresión, pero al instante volvió a abrirse con el objeto de recibirme. Trazando una parábola perfecta aunque sobrada de fuerza caí como pude en el hombro de la chica que se echó las manos a la cabeza y se puso a llorar de la emoción de tenerme a su lado, al tiempo que yo me despepitaba por todo su cuerpo en mil fragmentos, escuchando el mar y las agradecidas risas del público. □

FERNANDO GARCIA
PERIODISTA



MERCADO DE CASTRO URDIALES

El Mercado Municipal de Castro Urdiales, obra del arquitecto Eladio Laredo, fue inaugurado en 1911. Es un edificio de carácter monumental, con una superficie construida de unos 900 m², que cuenta con 25 puestos de venta de frutas y hortalizas, carnes, productos pesqueros...

Las instalaciones del Mercado requieren de una rehabilitación urgente, y, con este fin, el Ayuntamiento de Castro Urdiales ha solicitado la colaboración de MERCASA, que ya ha realizado los estudios previos y la firma de un convenio a tres bandas, que incluye también al MOPTMA, para acceder a las ayudas que se conceden para rehabilitar edificios de interés históricos que alberguen Mercados Municipales.

La remodelación pretende conseguir una mayor funcionalidad de las instalaciones y, al mismo tiempo, preservar el patrimonio arquitectónico de Castro Urdiales.